

Barrois llevó una segunda division de infantería de la Joven Guardia, y á las órdenes del general Delaborde se preparaba otra tercera en Franconia. Asi, durante algunos dias de descanso en Dresde, se completaban los trescientos mil hombres, que constituian el primer armamento de Napoleon y que bastarian quizá á dictar leyes á la Europa coa- ligada. En este reposo tan activo aguardaba al rey de Sajonia, conminado á presentarse en Dresde, y al conde de Bubna, anunciado de Viena con tanto aparato.

Con efecto, ni una hora habia perdido el rey de Sajonia para ceder á la intimacion de su aliado formidable. Segun dicho queda, salió de Praga pidiendo y prometiendo al Austria el secreto sobre todo lo acontecido. Rodeado de su familia y de su hermosa caballería, reclamada tantas veces sin fruto, llegó el anciano monarca el 12 de mayo por el camino de Peterswalde á las puertas de Dresde. Napoleon, que habia resuelto representar una especie de comedia, pero grande segun le convenia, salió de la ciudad á la cabeza de su Guardia, para recibir al monarca sajón, á quien, al decir suyo, tenia á dicha restituir sus Estados reconquistados por las armas de Francia. Formada estaba la hueste francesa, el tiempo era magnífico, y todo se prestaba á una escena imponente. Ya junto al anciano monarca, apeóse Napoleon del caballo y le abrazó de una manera afectuosa, como á un príncipe que para unirle le hubiera arrancado de manos de enemigos peligrosos, y no como á un príncipe arrepentido y vuelto á impulsos del miedo. No pudo menos de sentir viva emocion Federico Augusto, pues si temia á Napoleon, tambien le amaba, no

habiendo recibido de su mano mas que beneficios, muy quiméricos para su debilidad y anonadores, dado que consistieran en la pesada corona de Polonia, pero beneficios alcabo; y al volverle á hallar tan prepotente y tan amigo, dominóle un sentimiento de gratitud. Napoleon le recibió con tanto respeto como dignidad, delante de los vecinos de Dresde, que acudieron en masá para asistir á esta entrevista; y por lo demás tan niños son los pueblos, que, á la vista de espectáculo semejante, tambien se enternecieron los sajones, y se aplacaron por decirlo así, ante los dos monarcas reconciliados. Fuerza es añadir que los rusos se habian portado en Sajonia de modo de disminuir en gran manera el odio que inspiraban los franceses.

Napoleon llevó á Federico Augusto á su palacio afectando que se lo restituia, y el mismo dia comió á su mesa con suma pompa. Provisionalmente se habia alojado en el palacio del monarca, bien que con el proyecto anunciado públicamente de elegir una mansion mas militar, menos molesta, y tambien con el designio de dejar á su huésped la apariencia de un príncipe soberano del todo en su casa. Para Napoleon se buscaba una quinta á las puertas de Dresde, donde podria disfrutar de la plenitud de su tiempo y de la estacion hermosa, y donde se daria trazas de estar de campo, lo cual le agradaba sobremanera.

Tras de estas demostraciones vinieron las expansiones y las explicaciones entre Napoleon y el anciano monarca. ¿Por ventura hizo este príncipe á Napoleon las confesiones de que se le ha acusado posteriormente, para justificar el despojo de parte de sus Estados? Asi se ha pretendido sin duda, pe-

ro todo prueba lo contrario en los documentos existentes. Probable es que sin que fuera infiel este soberano, se descubrieran por si mismas las miras del Austria en sus relaciones, y que si las reveló fué mal de su grado, pues eran harto claras de suyo, y poco culpables al cabo de todo, aunque entonces las tomara Napoleon en muy mala parte. Lo cierto es que las revelaciones que cambiaron completamente las disposiciones de Napoleon respecto del Austria, le llegaron antes del 12 de mayo, día de la entrada de Federico Augusto en Dresde, y que todo lo supo ora por Mr. de Narbonne, ora por los despachos interceptados, y nada por el rey de Sajonia, ausente de su capital todavía.

En esta entrevista Napoleon tranquilizó á Federico Augusto acerca de la resultas de la guerra, le hizo que participase de su confianza, y le infundió tanto sosiego como podia experimentar este principe entre el tumulto de las armas, que tan mal cuadraba á su genio. Completa habia vuelto á ser la union, y especialmente quiso Napoleon que lo pareciera, pues le convenia mostrarse en perfecta intimidad con sus aliados, propalándose que era tan temido como aborrecido por ellos, lo cual era verdad positiva con relacion á los pueblos alemanes, si bien no tanto respecto de sus soberanos.

La primera ventaja que sacó Napoleon de la presencia del rey en Dresde, fué la de poner la mano en sus tropas. Soberbia era la caballeria sajona. Completándola con algunos reclutas, debia ascender á unos tres mil ginetes, ya seducidos por los hábiles halagos de Napoleon á semejanza de su monarca. Confiada fué al bizarro Latour-Maubourg el mismo dia. Tocante á la infanteria encerrada en

Torgau hallóse expuesta á una prueba harto peligrosa. Muy comprometido estaba por su conducta el general Thielmann, uno de los patriotas alemanes mas ardientes y mas sinceros. Habia ido á visitar en Dresde al emperador Alejandro, manifestóle su adhesion á la causa de los coaligados, si bien como súbdito sumiso no se atrevió á poner la plaza de Torgau en sus manos, teniendo órdenes de su monarca para no abrirla mas que á los austriacos. Vuelto á Torgau, desesperó ver caido de nuevo á su soberano despues de la jornada de Lutzen en poder de los franceses, y aun concibió muy vivos temores respecto de sí propio. Cediendo al doble estímulo del patriotismo y de las zozobras personales, probó entonces á quebrantar la fidelidad de sus tropas, y á inducir las á que se pasaran á los rusos, fundándose en que el rey no era libre, y no daba mas que órdenes arrancadas á la fuerza. Aun cuando sus acentos patrióticos resonaran en el corazon de sus oficiales, no pudo arrastrarlos, y todos en union de sus tropas siguieron fieles al monarca. Despues de esta infructuosa tentativa, fugóse al campo de Alejandro, abandonando su infanteria, que desde este momento volvió sin dificultad al mando del general Reynier, hácia cuyo talento y carácter habia concebido una estimacion merecida.

Durante este tiempo, ateniéndose el mariscal Ney á sus instrucciones, cruzó por Leipsick y dirigióse á Torgau, donde habia recogido á los sajones. Algo á la izquierda, en Wittenberg, tenia este mariscal al duque de Bellune con sus batallones reorganizados, y á la derecha al general Lauriston, establecido en Meissen con su cuerpo de tropas.

Aun no habia llegado el general Sebastiani conduciendo la caballería remontada en Hannover y la division de Puthod, la del cuerpo de Lauriston dejada á la espalda. Sin embargo, con Reynier, Victor, Lauriston y Ney, tenia bastantes fuerzas para marchar sobre Berlin, y aguardaba la órden con impaciencia.

Antes de expedirselo Napoleon queria tener exactos informes sobre los designios de los coaligados. Ya habia dirigido mas allá del Elba al cuerpo del príncipe Eugenio, que desde la partida de éste pasó al mando del mariscal Macdonald, y encaminóle sobre Bischoffswerda, donde penetró este cuerpo anonadando á una retaguardia enemiga, y pasando por entre las llamas. A la sazón se acusaba á los rusos de querer obrar en Alemania de la propia manera que en Rusia, esto es, prendiendo fuego á los países de donde tenian que alejarse. Cierta es que la pequeña é infeliz ciudad de Bischoffswerda acababa de ser incendiada, quizá por las bombas, y sin culpa de nadie. Desde Bischoffswerda dirigióse el mariscal Macdonald á Bautzen. Allí las noticias eran mas exactas, y unidos los rusos á los prusianos aparecieron resueltos á dar una segunda batalla. Efectivamente su resolución concordaba con las apariencias. A pesar de las pérdidas que habian experimentado, á pesar del peligro de una derrota, ninguno de ellos dudaba de la necesidad de pelear de nuevo entre el Elba y el Oder. Retroceder mas, equivalia ó abandonar las tres cuartas partes de la monarquía prusiana, y sobre todo á Berlin, que no se pudo defender directamente por el envio de un cuerpo destacado, si bien la protegia hasta cierto punto una fuerte po-

sición conservada en Lusacia: equivalia á confesar ante Alemania y ante Europa que se habian jactado despues de la jornada de Lutzen imprudentemente; que de tal modo fueron batidos en ella que no tenian medio de detenerse en parte alguna, ni detrás del Elba, ni aun detrás del Oder; equivalia á despedir á los patriotas alemanes, á quienes se habia citado para todos los campos de batalla de Sajonia; equivalia á despedir al Austria, á la cual no se retenia sino á fuerza de promesas, de encomios, de exageraciones, y sobre todo á fuerza de la vecindad, permaneciendo en cierto modo físicamente unidos á ella. De consiguiente habia que vencer ó morir, mas bien que dejarse arrancar de las montañas de Bohemia, á cuya falda se hizo alto al evacuar á Dresde, y que aprovechar para defenderse en este punto de una de las numerosas corrientes de agua que descienden del *Riesen-Gebirge* por medio de Lusacia, y dividen el espacio comprendido entre el Elba y el Oder. Especialmente en Bautzen, por donde pasa el Sprea, se hallaba una posición fuerte, doble en cierto modo, porque presenta dos campos de batalla, uno delante y otro detrás del Sprea, posición hecha ya célebre por Federico el Grande durante la guerra de siete años (1), y sobre la cual se podian recibir una y aun dos batallas defensivas, apoyando la izquierda en las montañas de Bohemia y la derecha en vastos pantanos. Tanto por su renombre, como por la ventaja del terreno, eligióse esta posición de Bautzen para pelear allí con encarnizamiento. De

(1) Federico el Grande dió allí la batalla denominada de Hochkirch.

los noventa y dos mil hombres, que se pudieron juntar en las llanuras de Lutzen el 2 de mayo, se habían perdido cerca de veinte mil en el fuego, ó de resultas de las marchas, si bien fueron reemplazados por otros treinta mil, hallados unos en Silesia, por medio de las reservas que Prusia había aprestado en esta rica provincia, sacados otros del cuerpo que bloqueaba las plazas del Vístula. Este era el de Barclai de Tolly, fuerte de quince mil rusos, que se acababa de apoderar en Thorn de una guarnición bávara en su mayoría, desolada por enfermedades y alojada en obras apenas defensivas. Ninguna otra de las guarniciones del Oder y del Vístula había sucumbido, y á los coaligados pareció mucho más útil ganar una gran batalla que bloquear plazas, con escasa probabilidad de meterse dentro, y que, situadas en medio de poblaciones extremadamente hostiles, no podían ejercer ninguna acción más allá de sus muros. De consiguiente delante y detrás de Bautzen, á lo largo del Sprea y bajo la protección de vastos terraplenes y de numerosos reductos se juntaron cerca de cien mil prusianos y rusos, animadísimos y á quienes era árduo forzar en este asilo, donde estaban dispuestos á dar una batalla decisiva. Confióse á los generales prusianos Bulow y Borstell el cuidado de cubrir como pudieran á Berlin y el Brandeburgo, á los corredores de Czernicheff y de Tettenborn la tarea de mantenerse junto al bajo Elba, comiendo, bebiendo y quemando á expensas de los alemanes á quienes venían á libertar, y propusiéronse los coaligados resolver por sí propios la gran cuestión europea á los ojos del Austria y á la misma falda de sus montes. A ésta se la dirigieron

las más pomposas descripciones de la posición tomada, de las fuerzas reunidas, y se le suplicó que no se dejara intimidar ni seducir por el tirano de Europa, que, según su dicho, se iba á ver reducido muy pronto al último trance.

Tales eran los pormenores, que se adquirieron de todas partes, por medio de nuestros espías y de los reconocimientos, llevados ahora á mayor distancia de resultas del aumento de nuestra caballería. No habiendo pasado más que una semana en Dresde, tiempo estrictamente indispensable para reinstalar al rey de Sajonia en sus Estados, para reunir alguna caballería, y poner en línea los cuerpos de tropas, abrazó Napoleon el partido de marchar de seguida hácia adelante, y de ir á disipar nuevamente los humos con que se embriagaba el orgullo de los coaligados. Ya el mariscal Macdonald se hallaba á la vista de Bautzen, é hizo que el mariscal Oudinot le apoyara á la derecha y á lo largo de las montañas con una división bávara y dos francesas, y el mariscal Marmont á la izquierda con sus tres divisiones, dos de ellas francesas y una alemana, y el general Bertrand todavía más á la izquierda con una división francesa, otra italiana y otra wurtemberguesa. Al propio tiempo mantuvo al mariscal Ney y al general Lauriston delante del Elba, en aptitud de trasladarse á la derecha hácia el grande ejército, ó á la izquierda sobre la capital de Prusia. Se hallaban el mariscal Ney en Luckau y el general Lauriston en Dobriluch, este último enlazando con el grande ejército al primero. Napoleon les previno el 4 de mayo, día en que le llegaron las noticias seguras esperadas, que sin pérdida de tiempo se encaminaran á Hoyerswerda, de

manera de desembocar sobre el flanco y sobre la espalda de la posicion de Bautzen, cuya conservacion ofreceria dificultad suma, cuando se hallasen en marcha sesenta mil hombres para rebasarla. Queriendo utilizar todas las fuerzas que no necesitaba indispensablemente en otra parte, dispuso Napoleon que el general Reynier siguiera á Ney y á Lauriston. Dejó al mariscal Victor, duque de Bellune, delante de Wittenberg, como una amenaza perenne contra Berlin, amenaza que se realizaria mas tarde segun los sucesos, y aprestóse personalmente á marchar tan luego como los movimientos prescritos se hallasen bastante adelantados hácia el objeto indicado para que su presencia fuese necesaria. Ya la misma Guardia habia sido dirigida hácia Bautzen, adonde se enderezaban á la sazón todas nuestras fuerzas, y adonde les iba á seguir la atencion de Europa. Teniendo ciento sesenta ó ciento setenta mil hombres que oponer á cien mil enemigos, por fuerte que fuera la posicion de estos, no se debia inquietar Napoleon sobre el resultado. Por todas las posiciones del mundo valia la maniobra encargada al mariscal Ney, y en su actual estado pudiera prescindir el ejército francés de su superioridad numérica para alcanzar el triunfo.

Napoleon iba á dejar á Dresde, cuando apareció al fin Mr. de Bubna el 16 de mayo por la noche, viniendo de Viena lo mas de prisa que pudo para ganar el tiempo que se le habia hecho perder en retocar sus instrucciones á tenor de las noticias llegadas de los dos cuarteles generales. Al punto le dió Napoleon audiencia, y aunque estaba determinado á disimular respecto del Austria, aunque

profesara mucha benevolencia personal á Mr. de Bubna, le hizo una acogida algo áspera por de pronto. Lejos de los hombres calculaba con frialdad y con la exactitud peculiar de su entendimiento: cuando los tenia delante, su naturaleza fogosa recibia de su presencia un estímulo casi irresistible. No supo contener la irritacion que le inspiraban los esfuerzos del Austria por dictarle la ley, á él yerno y aliado, y sobre todo la supuesta doblez de Mr. de Metternich, creyendo tener la prueba de ella. Arrebatóse contra este último, y respecto de su persona propasóse á amenazas, que, comunicadas por un testigo de mala voluntad, pudieran producir funestas resultas. Afortunadamente Mr. de Bubna tenia mucho talento, y por consecuencia mucha inclinacion hácia su interlocutor glorioso, mucho deseo de la paz, y no era hombre para abusar de ninguno de los arrebatos de que era testigo. No se alteró por tanto, y ante todo sacó de su cartera una carta del emperador Francisco á Napoleon, carta de un padre y de un hombre de bien y que contenia la verdad entera. Afectuosa al par que sincera manifestaba á Napoleon la gravedad decisiva de la situacion presente, el peligro de determinaciones irreflexivas, le ponía en claro el límite que separaba los deberes del padre de los del soberano, y con dignidad é instancia le suplicaba que por su interés y por el del mundo diera oídos á las aberturas que Mr. de Bubna estaba encargado de hacerle. Esta carta era adecuada á conmovir una naturaleza tan viva como la de Napoleon, y produjo efectivamente una impresion favorable. Mas reservado el emperador Francisco que Mr. de Metternich, teniendo además que hablar y que obrar

menos, pudo conservar su posición mas holgadamente, vióse menos obligado á acariciar alternativamente á unos y á otros, no incurrió de consiguiente en los cargos de doblez, y á mayor abundamiento, cuando alegaba su doble calidad de padre y de soberano para explicar su doble conducta, le asistía la razón despues de todo, porque si había concedido á Napoleon su hija á la cual amaba, y si tenía este vínculo en cuenta, no debía sin embargo, olvidar el interés de su monarquía, necesitada de reparar enormes daños, el interés de la Alemania sin la cual no podía existir el Austria, y si aspiraba á conciliar estos intereses diversos, lo hacía de cierto por cumplir á la vez todos sus deberes.

Aunque muy irritado, lo conocía así Napoleon en el fondo, y esta carta aplacólo sobremanera, aunque sin cambiar mucho sus resoluciones. Escuchó las proposiciones que Mr. de Bubna tenía que hacerle, no á título de condiciones, porque respecto de su persona se guardaban esmeradamente las formas todos, sino á título de conjeturas sobre lo que era posible obtener de las potencias beligerantes, á título de proposiciones que Austria estaba decidida á apoyar como razonables. Ya eran conocidas de Napoleon estas diversas proposiciones, y si no se hallaba convertido, al ménos se mostraba mas calmado en punto á su texto. Escuchólas atentamente, fingiendo oír su enunciación por vez primera, se mantuvo tranquilo mientras le fueron manifestadas; pero poco á poco dejó ver la verdadera razón de sus negativas, y esta razón era la de su orgullo, la de su orgullo que sufría al abandonar títulos tomados con grande aparato, ó territorios incorporados solemnemente al Imperio. Perdido es-

taba el gran ducado de Varsovia, como que había perecido en Moscou. Bajo este aspecto ya la desazón estaba parada. Por otra parte la grandeza de la catastrofe tenía algo del destino de Napoleon digno. Sobre este punto su resolución ya se hallaba fija, y á mayor abundamiento no se trataba aquí de su Imperio, se trataba de una vasta combinación política, del restablecimiento de la Polonia, que á su decir había intentado en interés de la misma Europa, al cual no tenía obligación de sacrificarse, no habiéndole querido ayudar la Providencia y los hombres. Acerca de otro punto, acaso mas grave, acerca de España, no se mostraba ya Napoleon tan absoluto, aun cuando eludiera las explicaciones, lo cual asombró hondamente á Mr. de Bubna. No manifestaba que relativamente á esta cuestión cedería, si bien daba á entender que estaba propenso á ceder algo, y en cuanto á lo presente, para inducir á negociar á Inglaterra, se mostraba determinado á admitir en la confederación á los insurgentes españoles. Aquí se revelaba, sin que pudiera penetrarlo Mr. de Bubna la nueva disposición de Napoleon de aparecer mas accesible para Rusia é Inglaterra que para las potencias alemanas. Mr. de Bubna, que no esperaba tanto respecto de la cuestión española, quedó sorprendido y embesado; pero cabalmente los mismos puntos en que Austria tenía mayor empeño eran los que hacían experimentar á Napoleon las mas penosas emociones. Le era singularmente antipático galardonar á Prusia por su defección al reconstituirla. Sin embargo, como era á la par violento y propicio al perdón, aun cabía ablandarle sobre este punto. Pero renunciar al título de protector de la Con-

federacion del Rhin le parecia una humillacion que se queria imponerle. Igualmente dificil de tragar le parecia la humillacion de abandonar los departamentos anseáticos incorporados constitucionalmente al Imperio. Vanamente se esforzaba Mr. de Bubna en decir que el titulo de protector de la Confederacion del Rhin era ilusorio, sin utilidad alguna para Francia, pues Napoleon se valia de esta razon misma para responderle que, haciendo la cosa de ningun valor la inutilidad del titulo, resaltaba mas el deseo de humillarle. Por su parte el negociador austriaco afirmaba que ya seria concesion dificil la que arrancara á las potencias beligerantes la incorporacion de Holanda á Francia; pero que respecto de los territorios anseáticos jamás consentirian en cedernoslos Inglaterra á causa del mar, Prusia á causa de la vecindad, Rusia á causa del ducado de Oldenburgo. Napoleon tenia una razon acerca de esto, que no estribaba en el orgullo, sino en la politica, y ante la cual no estaba armado Mr. de Bubna de tan buenas respuestas, y se fundaba en que Francia necesitaba de tales territorios como un medio de cange, para hacer que Inglaterra le restituyera sus colonias; sobre cuya cuestion hasta Mr. de Metternich se habia colocado en mas de una conferencia bajo el propio punto de vista. A esto respondia Mr. de Bubna que no llevaba mas que instrucciones preliminares, que nada tenian de definitivo, y se podrian debatir mas tarde, y modificar á gusto de todos; que, estando presente Inglaterra se podrian poner en balanza Lubeck, Brema, Hamburgo, con la Guadalupe, la Isla de Francia, el Cabo, y no ceder las unas sino en trueque de las otras; y hacia vivas instancias

para que al menos se juntase un congreso en Praga, por ejemplo, adonde el emperador Francisco iria en persona, para estar cerca de las potencias beligerantes, y poder emplear mas eficazmente sus buenos oficios.

Esta entrevista duró muchas horas. Napoleon aparecia muy ablandado, sin dar á entender á pesar de todo que cederia, y se convino en que antes de partir para el ejército tornaria á ver el dia siguiente á Mr. de Bubna. Aunque estuviera determinado á no sufrir las condiciones á que se pretendia que asintiera, sobre todo á no sufrirlas de parte del Austria; aunque se creyera en aptitud de imponer otras condiciones á tal de contar dos ó tres meses para llevar á cabo sus últimos armamentos, le llamaba la atencion lo útil de un congreso, en primer lugar para acreditar disposiciones pacíficas á sus aliados alemanes, á Francia y á Europa, y en segundo para proporcionarse los dos ó tres meses de que necesitaba para completar sus fuerzas, y por último en tercero para aprovechar la ocasion de reanudar relaciones directas con Rusia y con Inglaterra, relaciones de que esperaba sacar partido para entenderse con estas, sin intervencion de las potencias alemanas y en su detrimento. Asi tomaba el desquite de la partida que le habia jugado el Austria. Esta corte se habia servido de Napoleon en cierto modo para llegar á ser mediadora, y siéndolo ya al presente se servia de la mediacion para dictarle la paz á su antojo. A astucia quiso oponer mayor astucia. Despues de haberse servido del Austria para abocarse en un congreso con las potencias al parecer mas hostiles, prescindiria de ella para los tratos, y los cele-

braría sin intervencion suya y hasta cierto punto en su contra. Tan de su gusto eran los triunfos diplomáticos como los triunfos militares, y tan orgulloso se mostraba de ganar á un juego como á otro: fuera de que si, tomando Austria sus observaciones en cuenta, según lo prometia Mr. de Bubna, pesaba sobre las potencias coaligadas con fuerza bastante para arrancarles condiciones mas satisfactorias; entonces la paz aceptada y obtenida de manos de su suegro seria tan decente como de mano de otro cualquiera. Por estas razones abrazó Napoleon el partido de disimular con el Austria, de mostrarse tocado por sus razones, de acceder á un congreso en Praga ó en otra parte, y no solo á un congreso sino á un armisticio, que estipularan ante ambas huestes negociadores enviados á las avanzadas. Primero que se celebrara este armisticio aun pensaba ganar una batalla, lo cual mejoraria mucho su situacion en el futuro congreso, y en todo caso este armisticio le proporcionaria tiempo de terminar los vastos preparativos por cuyo medio creia poder dictar condiciones á Europa, lejos de recibir las suyas, y le facilitaria además la ocasion de abrir comunicaciones con el emperador Alejandro, desvelo que le preocupaba no poco.

Al dia siguiente 17 de mayo vió pues á Mr. de Bubna, y aparentando rendirse á una parte de sus razones, al par que porfiaba en afirmar que moriria con las armas en la mano y haria morir á otros mas bien que consentir en ciertas condiciones de las propuestas, declaró que estaba pronto á aceptar á la vez un congreso y un armisticio, y á admitir en este congreso á los representantes de los insurgentes españoles, lo cual fué siempre condicion

esencial y prévia de toda negociacion para Inglaterra. Sorprendido y pasmado Mr. de Bubna de haber obtenido tantas cosas, especialmente la última que era inesperada del todo, ofreció escribir al punto á Mr. de Stadion, que se habia trasladado al cuartel general ruso, para hacer allí lo que en el cuartel general francés hácia Mr. de Bubna, y participarle el asentimiento formal de Napoleon á la reunion de un congreso y á la celebracion de un armisticio. La carta de Mr. de Bubna á Mr. de Stadion, redactada en el instante y corregida por mano de Napoleon mismo, decia en sustancia que, no envanecido el emperador de los franceses de resultados del triunfo reciente de sus armas, impaciente por poner término á los males de Europa, consentia en la reunion inmediata de un congreso en Praga; y que, para hacer cesar cuanto antes la efusion de sangre, hasta estaba pronto á enviar á las avanzadas comisionados á fin de negociar un armisticio.—Cabalmente esta condicion postrera, que tan encantado se mostraba Mr. de Bubna de haber obtenido, era en la que Napoleon ponía mas ahinco, por las razones que acaban de ser expuestas. Mr. de Bubna dió curso á la carta por medio de un correo que debia llevarla, con toda diligencia al cuartel general ruso, para que fuera entregada á Mr. de Stadion sin pérdida de tiempo. Seguidamente solicitó volver á Viena para regocijar al emperador Francisco y á Mr. de Metternich con el anuncio de las excelentes disposiciones en que habia hallado á Napoleon, y sobre todo á fin de prepararles á modificar algunas de las condiciones propuestas. Napoleon aprobó hasta lo sumo este retorno de Mr. de Bubna á Viena, le dijo sincera-

mente que solo podian dar la paz estas modificaciones, y que la darian de seguro si eran bastantes. Al mismo tiempo confióle una carta para su suegro. En esta carta afectuosa y filial, tanto como fué paternal y amistosa la del emperador Francisco, dejó ver la llaga que le hacia sangre; dijo que estaba pronto á celebrar la paz, pero que, habiendo llegado á ser yerno del emperador Francisco, ponía su honor en sus manos; que lo estimaba mas que el poder y la vida; y que estaba resuelto á morir con las armas en la mano, y en union de cuantos hombres generosos habia en Francia, antes que ser la irrisión de sus enemigos, aceptando condiciones humillantes. De seguida despachó á Mr. de Bubna, no sin colmarle de muestras de su favor.

Así se inició esta negociacion sincera en parte y en parte simulada relativamente á Napoleon, pero emprendida con completa buena fé y eminente zelo por el representante de Austria, quien se lisonjaba de haber reconciliado con su habilidad á las potencias mas formidables del universo, y prontas á venir otra vez á las manos. Inmediatamente despues de despedir á Mr. de Bubna, tambien hizo Napoleon sus preparativos de partida, si bien antes de dejar á Dresde quiso sacar de las negociaciones entabladas el principal resultado que esperaba de ellas, y consistia en abocarse directamente con Alejandro para librarse de la influencia del Austria. Bajo pretexto del armisticio, que se debia negociar sin demora á la vista de las dos huestes, si se lograba precaver una nueva y sangrienta batalla, ideó enviar á las avanzadas á monsieur de Caulaincourt, varon designado entre todos para avenencia semejante, pues habia gozado

no solo de la estimacion, sino del favor de Alejandro y de su familiaridad mas íntima y cotidiana. Hasta tal punto estaba designado Mr. de Caulaincourt que cabe decir que lo estaba de sobra, y que á su aspecto solo resaltaria la intencion de Napoleon de una manera sorprendente, se alarmaria Prusia, se pondria sobreaviso el Austria, y se precipitarian quizá las mas fatales resoluciones. Calculando poco Napoleon cuando le convenia, tanta era su prisa de intentar una avenencia con Rusia, que no hizo caso alguno de los inconvenientes que acababan de ser señalados, y que al salir de Dresde hizo marchar tambien á Mr. de Caulaincourt con una carta para Mr. de Nesselrode, fechada como la de Mr. de Bubna á Mr. de Stadion el dia 28 de mayo. Allí decia que, por consecuencia de lo conveenido con Mr. de Bubna, el emperador Napoleon se apresuraba á enviar un comisionado á las avanzadas para negociar un armisticio, que le parecia urgente en vista de lo próximos que estaban los ejércitos uno á otro, y que entre sus altos funcionarios habia elegido al personage que se reputaba por mas grato al emperador Alejandro.

Hecho esto, y habiéndose expedido al general Durosnel las órdenes precisas, para que las cabezas de puente del Elba estuviesen bien armadas, para que los hospitales se hallasen dispuestos á recibir muchos heridos, para que los víveres abundasen en caso de retirada, para que la poblacion se encontrase bien contenida durante las tremendas escenas con que debia contarse, para que el excelente y débil rey de Sajonia, al quedarse trémulo en su palacio, se mantuviera cotidianamente tranquilo contra los falsos rumores, salió Napoleon de